

Lorenzo, el pintor

Había una vez en los bosques de Chiloé, una pequeña cabañita donde vivía Lorenzo con su abuelo Peto. Lorenzo no podía ver pero tenía un gran olfato, hasta el más suave olor él podía sentir. Según el abuelo, el olor a chocolate caliente con vainilla era su favorito.

Lorenzo era un niño muy imaginativo, por eso le encantaba asomarse en su ventana y soñar que volaba entre los árboles hasta llegar al mar. Se imaginaba las casitas en palafitos miradas desde arriba, los colores del sol y las personas que se veían muy chiquititas desde lo alto. El abuelo, que veía lo creativo que era su nieto, desde pequeño le describía cómo eran los paisajes de Chile; lo llevaba de paseo, lo hacía andar a *pata pelada*, bañarse en el mar y escuchar los sonidos de los animales. Por eso la pieza de Lorenzo estaba llena de recuerdos de sus aventuras con el abuelo Peto. Conchitas de mar, plumas encontradas en la playa, una herradura de caballo para la suerte, colecciones de palitos de helado y coquitos de eucalipto. El abuelo le decía Lorenzo, el explorador. Pero el mayor sueño de este curioso niño era ser pintor. Soñaba con pintar todo lo que él se imaginaba desde su ventana, en un gran muro. Pero en el colegio sus compañeros le decían que eso era muy difícil porque cómo iba a elegir los colores y para qué iba a pintar algo que él no podría ver después.

Lorenzo cumplía nueve añitos y el abuelo, de regalo, le dio una caja llena de pinturas de colores, pinceles y telas blancas para que pudiera practicar. Pero Lorenzo no parecía tan feliz y con la carita triste, le preguntó:

-Abuelo, ¿pero cómo voy a saber cuál es el color verde para los árboles, el amarillo para el sol y el azul para el mar?

El abuelo, cariñoso, se agachó frente de él y le contestó:

-Lore, ya pensé en eso. Y como tú tienes un gran olfato, cada color tiene un olor. El verde tiene olor a eucalipto, para que te acuerdes de las grandes hojas verdes de los árboles. El azul tiene olor a conchita de mar para que puedas pintar así un gran océano. El amarillo olor a vainilla, tu favorito al igual que el calor del sol.

Lorenzo, emocionado, abrazó a su abuelo y comenzó a abrir las pinturas para sentir el olor. El rojo olía a frutilla y el café a tierra.

-Además, en la caja hay un pote de cola fría, para que si quieres puedas pegar conchitas en el mar que pintes, eucaliptos y hojas a tus árboles, palitos de helado para hacer las casas, y así tus dibujos tengan texturas que puedas sentir-le dijo contento el abuelo Peto-.

-¡Abuelito eres el mejor!- exclamó Lorenzo.

Lorenzo muy risueño fue en búsqueda de todas las colecciones que tenía en su pieza, y así comenzó a pintar y pegar. Luego de un rato, Lorenzo tenía toda la cara amarilla. Era tanto lo que le gustaba el olor a vainilla que se esparció un puñado de pintura en el rostro para sentirlo más de cerca.

Día a día, Lorenzo pintaba la gran tela que le regaló el abuelo. En ella se veía el mar, los árboles, los botes y casas de colores. Y cuando le faltaba algo, salía con su abuelo para buscar nuevas hojas, flores, lana, todo lo que le pudiera servir. Así, luego de meses de trabajo, Lorenzo logró armar una gran pintura, que le quedó

tan bonita, y con tantos objetos característicos del lugar, que se hizo conocida entre los vecinos. Un día el alcalde llegó hasta su cabañita.

-Hola, Lorenzo, soy el alcalde, don Federico. Vine a verte, porque me dijeron que hiciste una hermosa obra de arte de la Isla Grande de Chiloé. ¿Puedo verla?- preguntó el alcalde.

Lorenzo, emocionado, le agarró la mano y le dijo:

-No sólo podrá verla, también podrá sentirla y olerla como yo lo hago. Venga.

El alcalde no imaginaba que la pintura de Lorenzo fuera tan hermosa. Con lágrimas en los ojos, el alcalde le preguntó:

-Niño, me encantaría colgar esta obra de arte en la entrada de Chiloé. ¿Te gustaría?

Lorenzo se le colgó al cuello y le dijo que era lo que más quería. En eso llegó el abuelo Peto y al ver a su nieto tan feliz, lo tomó en brazos y le dijo:

-¿Ves, Lorenzo? Que nunca nadie te diga que no puedes hacer algo. No hay que ver para conocer el mundo. Sigue escuchando, tocando, oliendo y probando, que ya pronto inventaré una pintura comestible con sabor a vainilla para ti.

Lorenzo, feliz, abrazó a su abuelo y le habló al oído:

-Nadie necesita ver si tiene un tan buen guía y abuelo como tú.

El abuelo Peto, muy contento, siguió abrazando a su nieto. Mientras el alcalde, recordando su infancia, se agachaba para oler el sol.

